

DOMINGO III DE CUARESMA, CICLO B

LLAMADOS A LA CONVERSIÓN

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Éxodo 20, 1-17; I Corintios 1, 22-25; Juan 4, 5-42



1. Han pasado ya dos semanas y media del tiempo santo de la cuaresma. El Señor -no lo pongamos en duda- ha llamado de distintas maneras a la puerta de nuestra vida, para entrar en ella y ejercer en nosotros su poder sanador y santificador. Cada cual sabe, si es sincero consigo mismo, en qué medida le ha abierto la puerta y en qué medida ha colaborado con Él dejándose curar y transformar. Porque hay una cosa que es clara y está expresada gráficamente por el

gran San Agustín: *Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti.*

Nuestra colaboración con la gracia, nuestra lucha personal y nuestro esfuerzo por salir del pecado, o de la tibieza, y caminar por las sendas del Señor es condición imprescindible para que, en nuestro caminar hacia el más allá, haya fidelidad a Cristo y, por ello, a nuestra vocación de cristianos. Sin esa lucha, fruto del deseo de cumplir la voluntad de Dios, la cuaresma que estamos viviendo un año más se quedaría en nada, o casi nada, en haber echado *la gracia de Dios en saco roto*, de lo cual tendríamos que dar cuenta a Dios, cuando nos presentemos ante Él en su tribunal.

2. En efecto, estamos en camino, subiendo esta Cuaresma, que ya se encuentra en la mitad de recorrido. El relato del encuentro de Jesús con la samaritana nos debe servir como *cuestionario* de conversión. Hemos de responder a las llamadas de Dios que nos hace a través del diálogo con Jesucristo, que espera de nosotros una auténtica conversión para poder personar nuestros pecados y darnos al agua viva de su gracia.

En relato proclamado vemos a Jesús fatigado por el camino. Jesús se fatigaba como nosotros, como el pueblo de Israel en el desierto. Jesús estaba cansado después de un largo viaje y se sentó. Jesús estaba fatigado en su viaje por anunciar el Evangelio. Él era la fortaleza y, sin embargo, aparece y es débil. San Agustín diría: *con su fortaleza nos creó y con su debilidad nos buscó*. Jesús, como buscó a la samaritana, nos busca a nosotros, se hace el enconradizo con todos y cada uno como con los dos discípulos de Emaús, que desesperanzados por la muerte de Maestro se volvían a su pueblo. Jesús siempre nos busca, nunca nos deja desamparados, disfrazado de caminante invisible siempre sale al encuentro de cada hombre para ayudarlo a reconducir su vida, a que se convierta y crea en el Evangelio.

3. El hombre tiene ansia de profundidad y de plenitud, de realizarse plenamente. Tiene sed de verdad y de felicidad. Pero muchas veces busca saciar su sed por caminos equivocados, quedándose en las cosas terrenas que le deslumbran. La mujer samaritana había buscado también la felicidad. Eso era lo que buscaba al haber tenido ya cinco maridos y el que tenía en ese momento (no era marido suyo), pero no la había

encontrado. Sólo cuando Jesús se acerca a ella y le ofrece *el agua viva* descubre la verdadera fuente. Descubre que, saliendo de lo superficial y buscando lo trascendente, en lo caduco y perecedero se puede ser feliz. Esta mujer es un símbolo del hombre que no consigue apagar su sed, porque bebe en fuentes que no la pueden saciar. Muchos van de pozo en pozo, de mercado en mercado, buscando nuevos productos para apagar su sed, pero al final siguen con más sed, con más deseos insatisfechos, con más necesidades, más sedientos.

Es necesario ir a Jesús, creer en Él, fiarse de Él y pedirle con humildad como la samaritana: *Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed*. El secreto de la felicidad es aceptar el amor que Jesucristo ofrece y responder con amor confiado, esforzándose por pensar, desear y vivir de acuerdo con el Decálogo, los diez mandamientos de la Ley de Dios que hemos escuchado en la primera lectura. Esto exige una sincera conversión personal, que en este tiempo de cuaresma hemos de intentar todos.

4. Nuestra sociedad secularizada, hedonista, materializa y autosuficiente no quiere contar con Dios y considera que el hombre es tan libre y tan grande que no necesita para nada ni a Dios ni a la Iglesia. Y, sin Dios, ni el hombre, ni la sociedad que el propio hombre construye y en la que vive, pueden vivir de acuerdo con la verdad, con el bien y con la belleza. Cuando de Dios se prescinde, la mentira, la maldad y la fealdad son los motores y guías del actuar humano. Esto explica que, hoy día, haya tanta violencia, tanta injusticia, tanta infidelidad de todo tipo, tanto odio, tanta traición... Hemos de evitar, sin embargo, el error de pensar que nosotros no somos los causantes de eso. Y no es verdad. Cada uno de los que estamos participando en la Eucaristía cometemos injusticias, actos violentos, odio, infidelidades, deshonestidades, rupturas de la paz, mentiras... En este tiempo de gracia que es la cuaresma, como Dios no quiere *la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*, nos habla por medio de la Palabra y de su Iglesia y, lleno de un amor infinito y no menos infinita misericordia, nos dice: *convertíos y creed el Evangelio*.

El Papa Francisco, en una de sus homilias diarias en la residencia Santa Marta, hablaba de tres llamadas a la conversión: *a los tibios, a los cómodos, a los de la apariencia (a los que se creen ricos pero son pobres, no tienen nada, están muertos)*. Todos hemos de convertirnos, no sólo los grandes pecadores, porque en nuestro modo de vivir el cristianismo todos, en más o en menos, somos tibios, cómodos y cristianos de apariencias, que con frecuencia bebemos agua encharcadas que infectan o matan nuestra alma. Hablando de los cristianos de apariencia –algo parecido se podía decir de los tibios y de los cómodos- decía el Papa que suelen pensar así: *si todo parece estar bien, no tengo nada que reprenderme: tengo una buena familia, la gente no habla mal de mí, tengo todo lo necesario, estoy casado por la Iglesia... estoy en gracia de Dios, estoy tranquilo...* Y añadía el Santo Padre con rotundidad: *¡Las apariencias! Los cristianos de apariencias, ¡están muertos!... hay que buscar algo vivo en nuestro interior y, con la memoria y la vigilancia, revivir para seguir adelante. Convertirse: de las apariencias a la realidad. De la tibieza al fervor*. Abramos la mente y el corazón al Dios que nos llama a la conversión, y hagamos una buena confesión, comienzo de un nuevo modo de vivir nuestro cristianismo. Acompañemos esa confiada confesión de muchas buenas obras, entre ellas, la práctica de la oración, del ayuno-penitencia y de la limosna, como nos aconseja la Iglesia.

5. En nuestro itinerario hacia la Pascua, vayamos de la mano y bajo la protección de la **Virgen**.